

Cántico de las criaturas.
Las palabras de un pobre
que celebra

Víctor Herrero



Víctor Herrero de Miguel es fraile capuchino y poeta. Se licenció en Filología Clásica y en Sagrada Escritura, y se doctoró en Estudios Bíblicos en la Universidad Pontificia Comillas, donde actualmente da clases. Ha publicado diversos estudios sobre poetas contemporáneos y sobre la Biblia hebrea.

Esta publicación se distribuye gratuitamente. Colabora y únete a las personas que lo hacen posible.

- Bizum código: 05291
- Transferencia: ES23 2100 3205 1225 0002 4607
- www.cristianismeijusticia.net/es/donativos

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38, e-mail: info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 11121-2026
ISBN: 978-84-9730-577-8, ISSN: 0214-6509, ISSN (virtual): 2014-6574

Dibujo de la portada: Roger Torres. Edición: Anna Barba y Santi Torres
Corrección del texto: Cristina Illamola. Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Impreso en papel y cartulina ecológicos. Mayo del 2026

CÁNTICO DE LAS CRIATURAS
LAS PALABRAS DE UN POBRE QUE CELEBRA

Víctor Herrero de Miguel

Prólogo	5
Introducción: el <i>Cántico de las criaturas</i> , naturaleza y vínculo	7
La condición de criatura: en el umbral	9
El mundo y la fractura	15
Un modo de habitar desde la gratuidad	21
Epílogo: el <i>Cántico</i> como camino	26
Breve reflexión final	27
Notas	29
Preguntas para la reflexión	30

Cántico de las criaturas, de Francisco de Asís (1182-1226)

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, te convienen
y ningún hombre es digno de nombrarte.

Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente por el señor hermano sol,
por quien nos das el día y nos iluminas.
Y es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,
a través de él a tus criaturas das sustento.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil, humilde, preciosa y casta.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el que iluminas la noche,
y es bello y alegre y robusto y fuerte.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre Tierra,
la cual nos sustenta y gobierna
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.

Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor,
y sostienen enfermedad y tribulación;
bienaventurados los que las sostengan en paz,
porque de ti, Altísimo, coronados serán.

Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
Bienaventurados a los que encontrará en tu santísima voluntad
porque la muerte segunda no les hará mal.

Alabad y bendecid a mi Señor
y dadle gracias y servidle con gran humildad.

La crisis medioambiental actual es un fenómeno de enorme complejidad, debido tanto a la multiplicidad de factores involucrados como a la escala geográfica de sus impactos que, en el caso de los atmosféricos, alcanzan una dimensión planetaria. A esto se suma la extensión temporal de las transformaciones en curso: no hablamos de días o meses, sino de decenios y de tendencias a medio y largo plazo. Esta magnitud dificulta tanto su análisis como su comunicación; de hecho, no es de extrañar que el escepticismo ante el cambio climático se alimente, con frecuencia, del desconocimiento. Si a esto añadimos los retos sociales que se retroalimentan con los ecológicos, la «crisis socioambiental» –en palabras del papa Francisco¹– se alza como el mayor desafío para la humanidad en el siglo XXI.

Frente a un reto de tales dimensiones, es de esperar que todos aquellos capaces de aportar una contribución positiva se unan en la búsqueda de alternativas: movimientos ecologistas, partidos políticos, científicos, organizaciones ciudadanas, jóvenes y estudiantes. Todos estos grupos son ya interlocutores habituales en el diseño de políticas medioambientales. A ellos se suman las tradiciones religiosas, que promueven actitudes de admiración y respeto hacia la naturaleza y la vida humana. Con distintos énfasis y convicciones, las religiones ofrecen un mensaje de

esperanza para este tiempo al destacar la vinculación de la vida y los vivientes con el Creador, y poseen una notable capacidad de movilización y de promoción de comportamientos éticos que favorecen la justicia socioambiental.²

La encíclica *Laudato si'* (2015) del papa Francisco marcó un hito en la aportación de la Iglesia católica a esta crisis. En este texto, publicado oportunamente antes de la COP21 de París, el Papa propone una lectura teológica sobre el cuidado de la «casa común». Para ello, parte del estado de la cues-

ción según datos científicos y establece luego el alcance de una lectura creyente fundada en la condición «creatural» del ser humano y la naturaleza en la que este se inserta. El carácter moral del problema reside en el reconocimiento del origen humano de estas alteraciones, mientras que la respuesta creyente se plantea como una profunda conversión capaz de restaurar relaciones justas con los demás, con la creación y con el Creador.

En este contexto de contribuciones religiosas se sitúa la publicación de este cuaderno, que coincide con el 800.º aniversario del *Cántico de las criaturas* de san Francisco de Asís. Este es, quizá, uno de los himnos cristianos de alabanza más conocidos. La espontaneidad del texto y su intensa descripción de la naturaleza lo convierten en un mensaje poderoso sobre la interacción entre las criaturas y su Creador.

La figura de san Francisco, el *Poverello* de Asís,³ goza de un enorme atractivo universal, dentro y fuera de la Iglesia. Es un personaje querido por su pobreza radical y su alegría profunda, llamativa por la coherencia y radicalidad de sus opciones. San Francisco destaca por su entrega a los pobres y marginados, por ser promotor de la fraternidad universal y por su humildad y sencillez. Es, asimismo, un trabajador por la paz que mostró un amor excepcional por la creación, motivo por el cual lo recordamos en este momento.

El autor de este cuaderno es Víctor Herrero de Miguel, fraile capuchino, filólogo y doctor en Sagrada Escritura por la Universidad Pontificia Comillas, en la que da clases. Como profundo conocedor del *Cántico de las criaturas*, su análisis no se centra en claves lingüísticas, sino en las repercusiones sociales y de conversión a la «ecología integral» que propone el papa Francisco. Así, el *Cántico* no es solo una referencia para titular la encíclica papal, sino un verdadero preámbulo de su contenido.

Obviamente, el texto de san Francisco no es un tratado sobre las condiciones socioambientales actuales, pero sí nos introduce en una relación fraterna con todo lo creado que descalifica cualquier mirada utilitarista, reduccionista, posesiva o manipuladora. Lo que la humanidad ha aprendido en el siglo xx –y que era insospechado en el siglo xii– es que este mundo tiene límites, límites físicos que, de superarse, ponen en riesgo la supervivencia planetaria. Sin embargo, este conocimiento no es una sentencia de condena, algo que ya intuía san Francisco: es posible cambiar nuestro modo de vivir y transformar nuestras relaciones con el medioambiente y entre nosotros. La justicia es el estrecho camino para alcanzar la promesa que se nos ofrece.

José Ignacio García
Director de Cristianisme i Justícia

INTRODUCCIÓN: EL CÁNTICO DE LAS CRIATURAS, NATURALEZA Y VÍNCULO

Este cuaderno quiere dialogar con el *Cántico de las criaturas* como quien ha recibido una propuesta de existencia. Más allá de la admiración estética o del interés histórico, nos preguntamos qué dice este poema a nuestra época, a las criaturas a las que nos corresponde ahora transitar por los caminos del vivir.

El *Cántico* es un poema, es decir, un modo de estar en la vida, una manera de recibir y crear realidad. En sus versos, Francisco de Asís no analiza ni explica; añade mundo al mundo y deja que este hable. La palabra, fraguada en las afueras, se ofrece como compañía en su humildad.

Ninguno de nosotros somos dueños ni extraños en el mundo. Todos participamos de él. El *Cántico* nos recuerda que la naturaleza es lenguaje y vínculo; que no hay cosas, solo presencias; que no hay objetos, solamente hermanos. Y esa manera de nombrar revela un modo feliz de ser.

Pero el *Cántico* no es solo celebración, es también conciencia de la fractura. No rehúye el dolor ni la muerte,

los acoge sin anularlos. Su alabanza es capaz de sostener la pérdida sin caer en el abatimiento ni en la evasión. Sin separar la belleza del sufrimiento o la gratitud de la soledad, Francisco nos ofrece una mirada que sostiene viva en la penumbra la llama de una luz. Y, como detrás del poema está el poeta que lo compuso, las preguntas nos llevan también a la persona: ¿quién es ese Francisco de Asís que llamó «hermano» al viento y proclamó la castidad del agua? ¿Qué anhelo fue conduciendo la vida de ese hombre que acabó hermanándose con la muerte?

Este cuaderno no es una aproximación devocional o erudita, sino una búsqueda, un modo de decir y de habitar el mundo, que sea, a la vez, casa y

tránsito, descanso y responsabilidad. Y recorreremos el poema como si Francisco estuviera entre nosotros, señalando con su dedo la realidad en que vivimos, o como si el vaho que cubre el

espejo después de la ducha fuese poco a poco desapareciendo y pudiéramos, también poco a poco, ir descubriendo en el cristal un rostro que antes veíamos empañado.

El *Cántico* atrae. Su ritmo, su musicalidad nos serenar. Las relaciones que nacen entre las palabras nos lanzan al mundo con una capacidad mayor de descubrir los vínculos y de cultivarlos. El poema dibuja el mundo como casa y se convierte en hogar, pues no hay en él ninguna barrera, no contiene lugar alguno donde se cribe, se seleccione, se excluya. Francisco no adoctrina, no proclama, no exhorta. Tampoco explica. Ni define. Simplemente, nombra. Y lo hace cantando.

La fuerza del canto: una lengua que hospeda

La opción por la pobreza de este hombre le ha ido enseñando a prescindir también de esos bienes inmateriales cuya posesión lastra más que el dinero. Por eso, Francisco renuncia a convencer, a argumentar. No aspira a la razón. Tan solo tararea, silba, deja sonar lo real. Ahí, en esa levedad, descansa la fuerza del poema. Frente a la búsqueda de rédito o de eficacia, el *Cántico* celebra el esplendor de un lenguaje que se convierte en danza. El registro es otro al del discurso habitual: la palabra que bendice se abre al encuentro con la vida.

El *Cántico* alberga al sol, a las estrellas, a la tierra, al fuego... y, en esa

apertura a lo que existe, hay un hecho decisivo: el mundo aparece como un hilado de presencias y no como recipiente de materia indiferenciada o casual. Lo neutro y mudo adquiere voz y forma de tal manera que el poeta, en cada línea del poema, nos sitúa en el umbral, y nos empuja a reconsiderar nuestro modo de habitar la vida. Él, paladeando su misterio, permanece a nuestro lado en esa intersección entre el adentro y las afueras, en ese lugar de tránsito que, para orientarte en una dirección, te descoloca al inicio. En el umbral del *Cántico* sentimos la obligación de detener el paso, de suspender los juicios, de escuchar.

Tras el lenguaje, la persona. Detrás de este modo de nombrar, late una forma de vivir: el recorrido vital de un

hombre concreto.⁴ Francisco, poeta, descubre en la palabra una manera de habitar. Cada sílaba es su casa, cada frase del *Cántico* es él mismo aventurándose en el descubrimiento de lo real. Dar nombre es dar sitio, reconocer una presencia en un momento y un ángulo determinados. Nombrar a la luna como hermana implica haber reconocido, doblemente, un puesto para ella y para uno mismo, y, también de forma doble, haber sido capaz de descubrir una tendencia al vínculo, un impulso de salida y acogida, los mimbres de una relación. Frente a la cuantificación de la realidad, el lenguaje delicado del *Cántico* nos recuerda que las palabras también hospedan, acompañan, nos hacen libres.

Francisco, quizás por eso y al contrario de lo que sucede en otros escritos suyos redactados en latín, dio forma al poema a través de la lengua de la gente, el así llamado «vulgar». Es lo que hoy en día se conoce como el «dialeto umbro». Queda claro, de este modo también, que su intención no es convertirse en arquitecto de un edificio de erudición, sino levantar —con la precariedad de sus palabras y de su vida— una choza humilde y ancha, abierta, en la que sus hermanas y hermanos pudieran morar, junto al calor del fuego de una voz reconocible. En el umbral no hay jerarquías, tampoco lingüísticas: todos pueden traspasar el quicio, unirse y escuchar. Sucede aquí algo similar a lo que pasa con la lengua griega en la que están escritos los evangelios, muy lejos del esplendor de los filósofos y poetas de Atenas: la sencillez de la expresión equivale a la capacidad de amparo. Es como si de una sala, para que en ella quepan más refugiados, se

retirase lo accesorio. Esto no significa que el *Cántico* —como el Evangelio, como una iglesia cisterciense— no sea en su despojamiento un recinto de bellezas y verdad.

La experiencia del umbral: fragilidad y atención

El umbral, sin embargo, no es solo lugar de inicio. Allí se siente la intemperie. Francisco lo sabe bien: su canto brota de la debilidad, de la enfermedad, de la profunda noche oscura que su corazón atraviesa y, también, de la ceguera casi total que lo acompaña en esos años. En medio de la calígene, la palabra despunta con una extraña luminosidad, como el primer rayo de una tormenta que no se espera. Esa paradoja es fundamental y coincide con algo de lo que la propia experiencia vital no deja de avisarnos: el umbral —el tránsito, el despertar lento— es siempre un sitio diáfano, una carencia de protección, una oportunidad desnuda y, por eso, expuesta.

La condición de criatura nos introduce en las afueras. Vivimos signados por la herida, abiertos a ella y, desde ella, vamos construyendo vida durante el tiempo de la vida, mundo en el lugar del mundo. La autosuficiencia no existe. Tampoco la autarquía. Dependemos del aire, de la tierra, del vaso de agua, del amor de los demás. Francisco sabe que su canto recorre la intemperie.⁵ Cada uno de los versos del poema conoce los límites. No hay palabra que no duela. La luminosidad del cielo brota de sus ojos, que no ven. El gozo de la llama es cantado por un hombre casi destruido. Nada tiene que ver el

Cántico con la alegría de una noche de fiesta.

Acercarnos al *Cántico* es disponer a cruzar ese umbral. No lo hacemos con la actitud del turista que, en paso rápido, observa desde fuera; tampoco, con la del investigador que necesita etiquetarlo todo. Escuchar el *Cántico*, aceptar la invitación a un modo distinto de tratar con lo real, exige atención, toma de conciencia y deseo de apertura a una realidad más profunda. Junto al umbral, Francisco nos tiende su mano herida. El pobre, el hermano, el poeta nos deja su voz también herida que, como un bálsamo, nos calma y, como una alarma, nos despierta.

Ser criatura es ser en relación

El hombre, presencia que reconoce otras presencias, es criatura acompañada de criaturas. Su lugar en el mundo no es el centro de un círculo perfecto. No hay centro, pues no existe perfección ni hay circunferencia. No existe tampoco un anfiteatro diseñado para él, desde donde verlo y juzgarlo todo. Arrojado a la vida, habita en los umbrales, entre la plenitud que descubre como anhelo y la finitud que le otorga realidad. Así lo ha ido comprendiendo Francisco. Así nos lo enseña su vida hecha palabra en el poema: ser criatura no es la condición idónea para un lamento, sino la posibilidad de una libertad que se descubre en el ejercicio de la relación.

Todo gesto de la vida, también el más desatendido, es un don que nos precede. Nadie ha comprado la existencia, nadie ha sacado unas oposiciones para poder nacer. Ser criatura

significa «recibir». Y, como nos enseña el *Cántico*, tomar conciencia de ser criatura equivale a mensurar la propia vida siempre en relación. Llamando hermano al fuego y hermana al agua, Francisco reconoce una realidad que escapa de la autosuficiencia y se abre, por necesidad y por opción, al encuentro con otra realidad, la de otro ser, que comparte características semejantes: fragilidad, capacidad de apertura y recepción.

Este descubrimiento, que pudiera parecernos casi ontológico, nos dispone a una aventura, a un éxodo sin fin que constituye la prueba del verdadero ser: no es la posesión, no es la búsqueda constante de una supuesta esencia pura lo que ofrece el espacio de una realidad mayor, más propia, sino la gratuidad, el reconocimiento de una precariedad capaz de constituirse en don. No es que, una vez cubiertas nuestras necesidades, una vez saciados, podamos dar, sino que, siendo carentes y precarios, nos es posible siempre darnos. El *Cántico* de Francisco nos enseña que la entrega es posible porque la libertad consiste en reconocer y acoger. Cada ser que nos rodea, cada otredad (la de la piedra, la de la brisa, la del rostro de aquel con quien me cruzo) recuerda que la existencia es un regalo que interpela, que conduce a cuidar y a atender.

Mucho de la profundidad del gozo nace de este carácter siempre expuesto, abierto a la recepción y a la entrega. La vida como criatura no consiste en configurar un proyecto de autorrealización que se pueda ir progresivamente verificando. Más se parece a los compases de una danza, a un movimiento muchas veces imperceptible —unos

milímetros apenas— que nos hace moradores más profundos del misterio, que nos transforma y nos lanza en una dirección.

En el lenguaje del *Cántico*, las criaturas no son abstracciones metafísicas ni objetos susceptibles de cuantificación. Cada uno de los seres que aparece en el poema nombra un modo concreto, vinculado y único, de estar en el mundo, de constituirse en vida. Por eso, la palabra «humano» no es un adjetivo que marque una excepción, es más bien una invitación a reconocer una manera de ser mundo, de estar bajo su amparo y de cuidar de él. Desde la perspectiva franciscana, la criatura humana es también mediadora. Participa de un orden que la precede y la acoge, y a su vez puede transmitir esa acogida a otras criaturas. Ser criatura es habitar la tensión entre recibir y dar, entre contemplar y actuar, entre la soledad íntima y la intimidad que se descubre en el encuentro.

Como otras criaturas animadas, también la criatura humana conoce el nacimiento, la lenta formación, la decrepitud, el padecimiento, la muerte. Y hay algo poético en esa finitud, algo que revela su dignidad, la verdad más patente de su ser. Ser criatura, en medio del marco de la vida biológica, no consiste solamente en padecer limitaciones que restrinjan. En el límite alienta la capacidad de sorpresa y alegría; sobre él se asienta el amor.⁶

Vivir como criatura en compañía de criaturas nos lanza a reconocer una dependencia que se descubre como raíz. No se trata de un demérito, de una característica defectuosa del ser que pueda ser remediada mediante alguna estrategia. Habitamos las afueras, lo

imperfecto, junto a otros que son como nosotros. La toma de conciencia de este vínculo posibilita encaminar la vida, en un proceso lento y delicado, hacia un agradecimiento que acabará siendo casi un acto reflejo. Se trata —lo vemos en el *Cántico*, donde Francisco está tan presente y el culto a su ego queda tan afuera— de desaprender dinámicas muy ejercidas pero superficiales (exigencia, acumulación) e ir reemplazándolas por aquello que de verdad se encuentra en la raíz: recepción agradecida, sobriedad generosa y fértil. Hay en la no expectativa de retorno una felicidad que conoce el fruto al caer de la rama.

La responsabilidad de la palabra

Detrás del *Cántico*, que es el mundo convertido en poema, está el poeta. Y es que la criatura humana tiene el don de la palabra, que es conciencia y libertad. Estas cualidades no la aíslan ni la levantan sobre los otros seres; no la disgregan. La responsabilidad es también un regalo, pues nombrar es reconocer y, al nombrar, el hombre se hermana con lo nombrado y se hace cargo de todo a cuanto su palabra ha logrado darle voz. Cada sílaba del *Cántico* es un gesto de reconocimiento y de atención: «Alabado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas». En este arranque de la estrofa, reaparece la delimitación de un tránsito, los contornos de un nuevo umbral, pues lo que aquí encontramos no es búsqueda de conocimiento —Francisco no mide ni pesa los astros de la noche— ni tampoco deleite esteticista. Todo lo que nombra y el modo de nombrarlo contribuye a restituir un lugar en la red de la exis-

tencia, para aquello que es nombrado y para el ojo que lo ve. Se trata de recordar que, en la pequeña o aparentemente inerte presencia de las cosas, late el signo de un don.

Todos nuestros gestos, cada palabra y ese silencio del que somos también capaces pueden convertirse en actos de hospitalidad. El *Cántico*, en el ritmo que lo transforma en música y en la profunda sencillez de sus palabras, es casa de acogida de lo real y escuela en donde el alma aprende los parámetros de una vida nueva. Lo humano, lo más humano de lo humano, reside en la capacidad de agradecer la vida, y en cuidarla, reconociendo en ella la generosidad de una presencia.

El entrelazado poético del *Cántico*, la comprensión de la vida como poema, viene a decirnos que no existe el aislamiento. Ningún hombre es una isla y, por eso, la identidad de cada cual se va fraguando en apertura a las presencias que descubrimos en el mundo. El poema de la vida nos enseña que la fraternidad no es abstracción política o teológica, ni tampoco una meta moral. Es el modo más fiel de insertarnos en el mundo, de ser pieza en el tablero del mundo, de ser mundo. Es la forma de decir la verdad del mundo: todos participamos de la misma red, todos somos receptores, recipientes y dadores de la gratitud del ser. Nombrar al hermano viento o a la hermana muerte es reconocer que cada ser merece respeto, cuidado y amor.

La dimensión temporal, aunque no aparezca desarrollada de modo explícito en el *Cántico*, forma parte también de su raíz. Francisco, que al final nombra a la muerte, deja entrever en el poema que ser criatura significa «aceptar

la finitud», «agradecerla». Si cada instante es un regalo y en cada encuentro con la realidad se nos otorga la capacidad, siempre doble, de una acogida y una entrega, entonces, la transitoriedad consciente que nos habita puede servir para enmarcar cada don, para potenciar su dinámica, para orientarnos. La criatura participa del flujo ininterrumpido de recepción y dación; es ella misma cadencia de ese ritmo de la vida que se llama «gratitud».

Si nos sumergimos en las páginas de la Biblia, vemos, en la narración mítica de la creación, que a la criatura humana se le presenta la existencia como don gratuito. Los dos relatos con que abre el Génesis, adoptando perspectivas diferentes, presentan esta misma idea. Así en Gn 1, el ser humano —la última de las criaturas creadas— recibe la vida sobre el amparo de todo lo que existe. Su tarea consiste en aprender a recibir y en ejercer el cuidado. De modo análogo, aunque en orden inverso, Gn 2 hace que la humanidad habite el jardín cuando aún no hay otros seres latiendo en su superficie. El hombre se convertirá, de este modo, en testigo de la aparición de la vida, y será su oficio primero contemplarlo todo y otorgar a cada cosa y a cada ser un nombre, el que resulte más preciso, el más apto. Vemos aquí, en esta encomienda —insertarse en lo que existe y cuidarlo, nombrar cuanto aparezca— cómo la capacidad humana se despliega en esta serie de acciones poéticas: aceptar un lugar, pedir permiso, dejar ser, hallar un nombre. El acto adámico de nombrar a las criaturas trasciende la mera denominación: implica reconocer el lugar propio en el cosmos y asumir la responsabilidad ética de su custodia.⁷

Siglos más tarde, Francisco de Asís plasma esto mismo en un canto que integra lo poético, lo espiritual y lo ecológico: la criatura no ejerce como sujeto de dominio, sino como testigo contemplativo y custodio de la armonía creacional.

Ser criatura significa, de igual modo, «permanecer abierto al misterio fundamental». La realidad, que no es conquistable sino interpelante, nos instruye constantemente, nos convoca. Aprendiendo el arte de la escucha, atendiendo a las voces de lo cotidiano, nos sentimos cada vez más dentro de la trama de la vida. Francisco, el poeta, hermanándose con las criaturas, nos revela que el mundo es lenguaje vivo: cada criatura habla, cada presencia pronuncia algo que tiene que ver con algo nuestro. La humanidad se despliega por entero en el ejercicio de acoger, interpretándolo, ese lenguaje primor-

dial, y en la respuesta atenta, profunda, devota, reverente.

De este vínculo es de donde es posible que broten formas concretas de vida, opciones ponderadas que unen a lo íntimo la expansión de lo fraterno. La criatura que comprende su lugar en la red de la vida se va despojando de la soberbia del propietario, de la indiferencia del forastero. Abierto ante sus pasos, el sendero de la vida ofrece la posibilidad de equilibrar, sutilmente, límites y posibilidades, concreción y trascendencia.

Así lo canta el *Cántico*: ser criatura es habitar con el corazón disponible a lo que nos precede y nos sobrepasa, aceptar la vulnerabilidad como condición de libertad auténtica, reconocer la red de vínculos que nos cobija y responder a la convocación constante de la vida, con gratitud honda, con sobriedad, con amor.

Presencias convocadas

Sol y luna, agua y viento, fuego y estrellas... En el *Cántico*, la enumeración no es inventario ni catálogo, sino que cada nombre y el trenzado de todos ellos constituye una invocación. Francisco convoca a cada ser, recorre la fraternidad de las presencias. Aunque es posible descubrir las geometrías compositivas en el poema,⁸ la lista de los seres que habitan en su interior no obedece a una jerarquía, ni se configura según rangos, ni responde a los mecanismos de un sistema. Se trata de un coro que se amplía, pues la serie de llamadas no se agota. En el corazón de Francisco, en su voz convocante, las criaturas no son ejemplos ni imágenes, sino nombres propios de algo concreto y único que forman parte de un conjunto no idealizado, lejano de la abstracción. Se trata del sol que calienta, de la luna iluminando, del esplendor reconocible del fuego. Son cuerpos, presencias puras.

Este modo de reconocer presencias y de convocarlas contrasta con otras formas de vivir. Para la mirada técnica,

el mundo es un conjunto de recursos. En los ojos idealistas del romántico, se convierte en escenario. En ambos casos, todo se estrecha; la realidad se diluye: instrumento para lograr algo, decorado sobre el que proyectar la emoción. El *Cántico* escapa de ambas reducciones.

Una voz integrada

Lo decisivo aquí, lo que provoca que ante él se cree siempre un gran silencio, es que el *Cántico* no contempla el mundo desde fuera. Jorge Luis Borges, en unas palabras llenas de lucidez, dijo que Francisco ya escribió el poema y que «el poema es inagotable / y se confunde con la suma de las criaturas / y no llegará jamás al último verso / y varía según los hombres».⁹ Esto significa que entre el mundo y el poema de Francisco no existe distancia estética ni mirada dominadora, que el mapa coincide casi al milímetro con el terreno. Y es que en el *Cántico* no hay traza alguna de descripción externa. Quien habla, como un ventríloquo, hace que

los otros hablen. Que los seres aparezcan con su voz y que esa voz, la de cada uno, revele su ser hermanos. En el *Cántico* –y por eso produce respeto, temblor, casi escucharlo– no hay taxidermia, clasificación de fósiles, sino una red viva de relaciones entre seres que alientan, que son reconocidos en su concreción (cada cual es único) y en su capacidad de integrarse en lo común, de crear de hecho lo común, de sostenerlo. La fraternidad no es imagen. El sol no es materia útil, es hermano.

La voz poética de Francisco –recordemos que tras el poema, el poeta y en el poeta, un hombre– nos hace ver que el mundo no nos pertenece, que la realidad es don, no propiedad ni proyecto. Francisco habita el asombro radical, que alumbra, cada día con una luz no usada, las mismas cosas. Así es como se renueva cotidianamente el milagro de que cada ser exista, este ser concreto, que ocupa un espacio en el espacio donde yo me muevo. De ese asombro, en el creyente Francisco, nace la alabanza, como gozo incontenible, desbordado.

La epifanía de lo cotidiano

Se escucha en los matices del *Cántico* la voz del salmista: «Los cielos narran la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Sal 19,2). Nuestro poema es también liturgia, alabanza sencilla del prodigio cotidiano. No hay en ningún verso traza alguna de majestuosidad, no hay incienso, sino hierba. La santidad, el carácter sagrado y religioso de la vida no necesita que las cosas y los seres sean separados del curso normal de su existir.

¿Para qué levantar un templo, parece decirnos el *Cántico*, si podemos reconocer el atrio, el ábside y las naves del templo de la vida?

El término latino *mundus*, con su ambigüedad entre orden y ornamento, se contempla en el poema como un hogar compartido. La alabanza, por eso, es un gesto de hospitalidad. Es como si insertando a los seres en el coro del poema, dejándonos a nosotros también un espacio entre los que alaban, Francisco roturase para cada uno un sitio en donde estar. La fórmula podría enunciarse así: eres en la medida en que agradeces. Mediante la bendición, lo vemos en cada estrofa y en el hilado de unas estrofas con otras, cada criatura adquiere un lugar, al tiempo que deja espacio para que las otras criaturas, mediante su forma de alabar, también encuentren un espacio.

Resulta significativo que los seres nombrados en el *Cántico* no sean los más excepcionales ni los más raros, sino los más elementales: el sol, la luna, el agua, el fuego. Lo fundamental, lo que sostiene la vida. En lugar de fijar la atención en lo extraordinario, Francisco vuelve los ojos a lo primero, a lo de siempre. De ahí –qué bien lo saben los niños y algunos ancianos y algunos poetas– brota el asombro. Se trata de la epifanía de lo cotidiano, que educa nuestras miradas hacia la importancia de lo que sostiene nuestra existencia: luz, frutos, agua, brisa, tierra.

Una ética de la fraternidad para hoy

Estamos ante una pedagogía espiritual. Lo que el poema hace, convocando a

las criaturas como comunidad, es invitarnos a vivir en relación, a coexistir. Nombrando el viento como hermano, como hermanas a las estrellas, se me recuerda que no estoy solo, que mi vida pende de vínculos múltiples, que mi vida también los crea. Se me recuerda que en el encuentro está el cuidado y también después de él. ¿Cómo caminar hacia mi hermano con la intención de sacar provecho de ese encuentro? ¿Cómo despedirme de él pensando en aniquilarlo? Esta ética de la fraternidad no nos moviliza desde postulados de amenazas o con la promesa (terrenal o celeste) de retribución. La confianza se funda en el poder verdadero del reconocimiento, en la ligazón inquebrantable que el vínculo entre las criaturas despliega.

Ecología integral y reconciliación

En un mundo atravesado por la crisis ecológica, por la indiferencia ante la devastación de las guerras, el *Cántico* puede sonar –y así les parecerá a muchos– como una bonita y estéril melodía. ¿Qué arreglamos cantando esta canción? Es cierto que Francisco no escribe un tratado científico de ecología, que no analiza las causas que hay detrás de cada bomba. No pronostica, ni disecciona, ni balancea. Su punto de partida es otro y también es diverso su objetivo. Sus palabras, al igual que su vida, dejan claro que la tierra no es un almacén ni el aire un vertedero: numerosas presencias comparten con nosotros el misterio del ser. Si hoy necesitamos una ecología integral, es porque hemos olvidado lo que Francisco vio resplandecer en el corazón de su po-

breza: que la fraternidad atraviesa toda la realidad, que el cuidado no es estrategia, sino consecuencia de reconocer un vínculo.

Ante el apremio suscitado por la crisis ecológica, también el *Cántico* nos alcanza con la voz y los ropajes de un profeta escandaloso.¹⁰ Los habitantes de la casa de la tierra gimen bajo el peso de la voracidad. Las paredes del hogar se quiebran. La deforestación, el agotamiento de recursos, la pérdida de biodiversidad: son siempre los más débiles los que antes y más sufren las consecuencias de un sistema que convierte todo en objeto de consumo. ¿Cómo cantar a la hermana Tierra al mismo tiempo que la devastamos? La alabanza franciscana es un acto de justicia: dar voz a las criaturas silenciadas y confiar en que su música nos transforme.

El mundo convocado por Francisco está reconciliado. No porque las tensiones desaparezcan, sino porque pueden ser acogidas en un mismo canto. El sol que calienta demasiado, el agua que a veces arrasa, el fuego que puede devorar, nada pierde su ambivalencia. Y, sin embargo, en el poema no encontramos enemigos. La poesía de alabanza no cancela los riesgos implícitos en el acto de vivir. Los deja intactos. El poema, de hecho, nos conduce hacia la muerte. Y en esa capacidad de integrar lo contradictorio reside mucha de la fuerza del *Cántico*: la fraternidad es confianza.

Hay algo profundamente poético en este modo de reunir lo diverso sin anularlo. El *Cántico* es polifonía: cada ser tiene su voz, cada criatura su timbre, y todas forman un coro. Lejos de la uniformidad, la música de la vida se des-

pliega en el poema como tejido de diferencias que resuenan unidas. Francisco ya experimentó, mucho tiempo antes, lo que escribió Emily Dickinson:¹¹

Morí por la Belleza, pero apenas
ahormada en la tumba,
otro murió por la Verdad, y estaba
en un lugar contigo.

Me preguntó en voz baja: ¿De qué has
muerto?
Dije: Por la Belleza.
Pues yo por la Verdad. Y son lo mismo.
Añadió: Hermanos somos.

Así, como parientes que se encuentran
de noche, conversamos.
Hasta que el musgo nos llegó a los
labios
y cubrió nuestros nombres.

Un canto nacido de la herida

El *Cántico* de las criaturas no nació en un jardín intacto. Su fuente es una herida. Enfermo, ciego ya casi del todo, triste ante las divisiones existentes entre los hermanos y descorazonado en medio de los dolores de los hombres, Francisco da forma final al *Cántico* cuando la oscuridad amenaza con envolver la vida. El poema brota cuando él, junto a las hermanas pobres, reside en san Damián. Acogido por otras que le cuidan, que pronuncian con cariño su nombre, este origen —la fragilidad, la dependencia, el cuidado recibido— es decisivo. No es un poema ingenuo: estamos ante un himno atravesado por la noche.

También a través de estas circunstancias, el poema llega a nosotros

como las palabras de un contemporáneo. Aquella sentencia de Adorno —«no es posible la poesía después de Auschwitz»—, ha sido constantemente desmentida, antes y después de Auschwitz, por aquellos que cantan en la noche. Sus voces llegan a nosotros empapadas de un dolor que conocemos.

La desigualdad sigue siendo hoy uno de los nombres más atronadores de la herida. Las fortunas desmesuradas de algunos contrastan con la carencia y las hambrunas de poblaciones enteras. La brecha no se acorta, se alza como un acantilado sobre el cual cada vez parece más imposible tender puentes o saltar. Migraciones forzadas, trabajos precarios, vidas descartadas. La fractura económica desgarrar la carne de los más débiles y genera, en el corazón de muchos, un escepticismo amargo cuando se escuchan propuestas alternativas de modelos distintos.

La globalización, bajo cuyo manto nacen muchos espacios comunes, no ha creado comunidad. Disponemos de tecnologías que nos conectan al instante, pero nos falta una poética, un relato que nos una. El inglés de los negocios, ¿hace de verdad más cierto el entendimiento entre los diferentes? Estamos también inmersos en la fractura cultural, en el desencuentro entre lenguajes y modelos. Las sociedades caminan escindidas entre memoria y porvenir, modernidad y tradición, identidades cerradas y búsquedas de un futuro abierto.

Al escuchar el canto de Francisco, es justo que nos preguntemos «¿cómo podemos alabar al creador del cielo cuando, sobre la tierra también por él creada, transcurre como una sombra la vida de tantos?». Sobre el temblor de la

realidad, ¿no caerán uno tras otro desplomados los ladrillos de este templo de alabanza?¹² No existe una respuesta analgésica, tranquilizadora. El *Cántico*, que es resistencia, se filtra por la herida sin tajarla. Nos lanza –hasta en su estructura es posible descubrirlo– al entramado de acciones pequeñas, de corto alcance casi siempre, cotidianas. Es como si tras la reiteración melódica del poema –«hermano», «hermana», «hermano», «hermana»– estuviésemos recibiendo la invitación de mirar también de forma repetida realidades que parecen agotadas, rostros que creemos ya del todo conocidos, situaciones sobre las que la desesperanza ha sellado con su lacre de plomo un diagnóstico negro. Es como si a fuerza de mirarlas y mirarlas –como hace Francisco con las criaturas que le acompañan en el poema– se nos fueran los ojos abriendo y fuéramos, también nosotros, pasando de la ceguera a la contemplación.

En este contexto, el *Cántico* recuerda que hay un lenguaje anterior a nuestras disputas: el que fragua las palabras de lo elemental, de lo que nos sostiene a todos. Sol y luna, agua y fuego, tierra y muerte: realidades que ningún grupo posee en exclusiva, presencias que nos exceden y nos convocan. La invitación del *Cántico* consiste en construir futuro retornando a la raíz.

Un canto que sutura heridas

Tampoco el ámbito de lo religioso está hoy exento de su carga de dolor. Mientras que en muchos lugares la espiritualidad parece algo irrelevante o sospechoso, en otros se instrumentaliza como bandera identitaria y es

acicate de persecuciones, deportaciones y violencia. Las distintas confesiones religiosas –la Iglesia católica también– conocen las divisiones internas, la crisis de credibilidad y el lastre que provoca caminar hacia adelante sin perspectivas claras de un futuro. La fractura religiosa se vive tanto en la secularización radical como en los caminos de hibridaciones débiles, sin olvidar los fundamentalismos excluyentes y nocivos.

El poema de Francisco, nacido en un contexto que conoce la tensión entre clérigos y laicos, entre iglesia jerarquizada y movimientos proféticos, exhala una religiosidad que –al ser canto– no se impone, pero tampoco automatiza ni enajena –como sucede o puede suceder con otras espiritualidades de nuestra época–. En cada estrofa encontramos gratitudes, no doctrinas, agradecimiento ajeno a cualquier mecanismo de control; más elocuente que el discurso, porque ya está llena de él, la música del *Cántico* es teología pastoral y mística.

El perdón

Cada una de las rupturas con las que dialoga el *Cántico* recorre no solamente el ámbito social, religioso, económico y cultural, sino también los espacios más íntimos de nuestras propias vidas. Lo hemos dicho previamente: tras el poema y el poeta está el hombre Francisco, para quien el *Cántico* fue también un modo concreto de reconciliación con sus hermanos, con su cuerpo enfermo, con la ambigüedad del mundo y hasta con el mismo Dios. Por eso, la estrofa dedicada al perdón, que antecede a la aparición de la muerte, no es

un apéndice moral, pues late en ella el corazón del poema: sin perdón, no es posible el canto.

Cada vez que surgen o alcanzan popularidad, seguimos constatando que las iniciativas de mediación entre víctimas y victimarios, o los intentos de articular un encuentro entre aquellos que se batían en la guerra, suscitan escándalo. El perdón levanta ampollas, pero sigue habiendo personas convencidas de que sin perdón no hay vida. Imaginemos por un momento que al *Cántico* le borramos la estrofa del perdón. Sentiríamos que entre las criaturas y la muerte hay un vacío que no puede cruzarse. En el poema, como en la vida, solamente la capacidad de reconciliación (es decir, de relectura seria, profunda, generosa) hace posible el tránsito. Si estructuralmente careciésemos de la capacidad de perdonar, sería nuestra existencia incapaz también del canto, de la música, del camino.¹³

La herida como condición

El *Cántico* no niega la fractura: habita en su dolor, iluminándola. En la experiencia de Francisco, la alabanza no es el resultado final de una armonía geoméricamente estable, no nace tampoco con el propósito de alcanzar ob-

jetivo alguno. El carácter gratuito del poema, como la presencia gratuita de las criaturas que el poema nombra, es garante de su verdad. Como la verdad del sol, que brilla sobre un mundo indiferente, como la fertilidad de la tierra.

La Biblia conoce bien esta paradoja. Hay salmos de lamentación atravesados por una confianza carente de motivos. Y tenemos a Job, que da forma a su esperanza mientras disecciona el cadáver en el que se está convirtiendo su vida. También el grito del Crucificado, que encara una ausencia y revela la hondura de un tú al que es posible invocar descendiendo verticalmente por las paredes infinitas del vacío.

Me parece que a donde el *Cántico* nos lanza es a aceptar la fractura no como destino, sino como condición. Si la hospitalidad del poema permaneciese reservada a aquellos que han resuelto sus conflictos, nadie habitaría en él. Los que nos movemos, entre gozos y cansancio, en la cuerda floja de la vida, los que nos sentimos en relación real con un Dios que no nos soluciona los problemas, los que vislumbramos con dolor y esperanza la posibilidad de desplazar de forma mínima el aparentemente férreo rumbo de las cosas, esos —nosotros, los imperfectos—vivimos en el *Cántico*.

Hay un hilo de oro que recorre el *Cántico* de punta a punta y es la gratuidad. Todas las acciones de todas las criaturas son cantadas sin referencia a lo que recibe cada una como recompensa. En el poema no existe cálculo de valor. Tampoco balanza que pondere qué es más grande, qué criatura o qué acción aporta más al conjunto del mundo. La presencia tan sutil de Dios en el poema es el garante de esa gratuidad, pues es Él quien, viviéndola en sí mismo, la provoca. La dinámica de la alabanza escapa de la medida de la tasación.

El papel de la muerte, en esta aventura de lo gratuito, es central. Francisco sabe que vivir y morir forman un solo movimiento. En su canto, donde la fragilidad es vínculo que nos sitúa dentro de la red de todas las criaturas, la muerte, hermana última y radical, nos recuerda que no somos dueños, que no existe autonomía absoluta, que cada vida se despliega en relación y dependencia. Reconocerla es aprender a habitar la existencia con atención, con gratitud, con cuidado. Nombrarla no es resignación, es preparación, disposición a recibir lo que nos precede y nos sobrepasa.

La última hermana: la muerte

Hoy, en nuestras sociedades occidentales, la muerte –igual que la vejez, la enfermedad o el dolor– ha sido desplazada, confinada a hospitales, a estadísticas, a palabras suavizadas que atenúan su verdad.¹⁴ Se celebra la juventud, el rendimiento, la acumulación, y queda oculto lo que nos iguala a todos: la fragilidad, el límite, la caducidad de la vida. Pero este ocultamiento no elimina la experiencia del final, solo nos priva de la oportunidad de vivir con hondura, de reconocer que cada instante, cada presencia, cada en-

cuentro es un regalo puro y gratuito, un gorrión posándose en una rama que mañana no estará.

La última hermana del *Cántico* es la muerte. Sabemos que Francisco añadió esta estrofa pocos días antes de morir. Con la misma naturalidad con que lo hacen el sol y el agua, la muerte vive en el poema. Me gusta imaginar que la muerte, última de las criaturas, es también la primera lectora del poema; que sobre ella se han vertido, por vez primera, los efectos benéficos de la composición, de tal forma que ella, la muerte, seducida por esta música de fraternidad verdadera, se ha atrevido a traspasar su umbral y, osada y temblorosa, ha querido ser admitida en el coro de hermanas y hermanos.

Una vez dentro del poema, la muerte recibe de las otras criaturas lo que cada una le da y ella, de forma análoga, también es portadora de algo. Su presencia sirve de parámetro verificador que, limitándolas, dibuja para cada criatura el marco de posibilidad de su existencia. Es lo mismo que sucede en geometría: esas líneas que definen al cuadrado o al pentágono como tales. Por eso, su inserción en el *Cántico* no amenaza y mucho menos paraliza el flujo de vivacidad que percibimos desde la primera línea, así como llamarla «hermana» no elimina su rigor ni su peso, tampoco su presencia disminuye las características de cada criatura; es decir, el hecho de que en el poema esté la muerte, no hace triste al fuego ni decolora las flores que encontramos en la tierra.

La conciencia de finitud gratuita no se contradice, en el *Cántico*, con la esperanza, también gratuita, que se fundamenta en Dios. De hecho, si lee-

mos con atención la estrofa de la muerte, descubrimos en ella la profundidad de un doble fondo. Hay una muerte, «corporal» la llama el *Cántico*, que iguala a todos: la hermana última nos devuelve a nuestra condición primera, la de criaturas, y nos hace conscientes de que todo lo creado comparte la misma finitud. No hay privilegio que nos salve, no hay poder que nos libere. Y luego está lo que el *Cántico* denomina «muerte segunda», que aparece conectada a dos destinos: uno para los que mueran en «pecado mortal» y otro para aquellos a los que esta muerte encuentre dentro de «la voluntad de Dios».

La lógica de la gratuidad

Más allá de comprensiones escatológicas de aquella época, creo que lo que aquí encontramos —un horizonte de salvación y otro de condena— puede ser leído desde la lógica del *Cántico*, centrándonos en el más acá y, más en concreto, en la gratuidad. ¿Qué es salvarse y en qué consiste la condena? ¿Cuál es ese «pecado mortal»? Digámoslo así: si la llave de la vida es la gratuidad (aprender a recibir, aprender a darse), la parálisis de la vida es la obstrucción de la gratuidad; es decir, la posesión, el dominio. También la tristeza de quien no se siente el centro gratuito de un milagro. Pecado mortal será entonces morir siendo esclavo y dueño de uno mismo, sometiéndose a uno mismo y padeciendo los estragos que ello provoca.

Tras la lectura pausada del poema, uno se pregunta de nuevo si no es Francisco quien transforma a la muerte. Es —digámoslo como lo diría un poeta— como si la muerte, escuchando

al *Poverello* nombrar delicadamente el mundo, abandonase su codicia y se convirtiera ella también en hermana. Hay aquí –digámoslo ahora con un lenguaje diferente– la palabra llena de verdad de un hombre que ha sabido orientar su vida desde la perversión (la contemplación del conjunto desde uno mismo como centro) hacia la conversión (la comprensión de uno mismo desde el conjunto de la realidad).

Francisco, sin luz en los ojos, acaricia la castidad del agua y la robustez del fuego, alaba la teología del sol y la nocturna hermosura de los astros; no viendo, descubre la solidaridad del viento y el carácter materno de la tierra. Los últimos versos, dedicados al perdón, la enfermedad y la muerte, son la clave de lectura de todo lo anterior, la confirmación de que no estamos ante una impostación lírica, un juego floral; al contrario, la poesía de Francisco, integrando en el conjunto de lo creado la cara más problemática de la realidad, revela la hondura a la que ha llegado su vida, la trascendencia encarnada con que contempla el mundo.

Hacia una praxis de la existencia

El *Cántico de las criaturas* no se ofrece como documento final de una reunión de sabios. Cada palabra, cada estrofa es una puerta entreabierta hacia una forma de vida que se invita delicadamente a construir y a habitar. No es un texto para especialistas ni una pieza de museo. Es una práctica, una respiración, una manera de estar en el mundo que se aprende en el roce con lo real, en la escucha atenta, en la entrega silenciosa.

Habitar el mundo como lo hace Francisco –en esa paradoja: desinstalándose– significa ir haciéndose más permeable a lo real. Se trata de atender a la convocación de las criaturas. En el canto no hay voluntad de afirmación porque el que canta, muy lentamente, ha ido vaciándose del afán de dominio y de los impulsos de control. Es un pobre enriquecido por la vida que, cuando nombra al sol y a la muerte, conduce al lenguaje hacia una forma de justicia.

La sobriedad y la atención

Este modo de estar, como todo lo decisivo para la vida, no se gesta en la cámara acorazada de la abstracción. Gestos pequeños, fidelidad a lo cotidiano, silencio y conversación son los pupitres donde esta lección se va aprendiendo. Se cultiva en la arcilla de la que estamos hechos, porque es arcilla también. No pensemos en perfecciones que dejen atrás lo humano. Francisco no enseña desde el púlpito, pisa siempre tierra. Su palabra no busca impresionar, pues, cuando compone el *Cántico*, ha visto ya de frente las muchas máscaras de la vanidad y el ego. En la sobriedad de su canto –en la nave de esa iglesia cisterciense– la palabra es como el sol entrando por la ojiva: leve, llenándolo todo. Mediante esa labor de lima, el mundo se expande, pues vivir con sobriedad es abrirse a lo suficiente, aceptar el límite, dejar lugar para lo inesperado.

La sobriedad franciscana más que una estética del vacío es una ética del hogar. En ella resuena la intuición de Juan Duns Escoto: la singularidad irrepetible de cada ser creado. Para Esco-

to, cada criatura posee una *haecceidad*, una concreción que la hace única no por su utilidad, sino por su ser. Esta visión metafísica se modela en una sensibilidad volcada en lo concreto: cada criatura merece ser nombrada no como parte de un sistema, sino como presencia irreductible. La sobriedad, entonces, no es carencia, sino respeto.

La atención, en un mundo donde cada cosa y cada ser son presencias únicas, no es vigilancia ni control. Es presencia plena, mirada que no reduce, escucha que no interrumpe. Francisco atiende al mundo como quien contempla el rostro de un hijo que nace o de una madre moribunda: con asombro, con ternura, con temblor. La atención es ya cuidado, es ya vínculo. En ella se cultiva una ética que no coincide con la norma, que acepta su condición de peregrina, pues nace del reconocimiento profundo de la dignidad de lo que vive.

Cuando Simone Weil afirma que la atención es un gesto del amor, nos recuerda que el conocimiento y el amor se buscan sin descanso. La atención de Francisco, que no es un método práctico para conseguir mayor bienestar ni beneficios más amplios, le hace poroso ante lo que le rodea, permite que el otro lo descentre y lo desplace, que lo convoque. Esta atención, que enfoca con lentes de aumento lo frágil y lo herido, es una forma de hospitalidad, es en sí misma la unidad de cuidados intensivos de un hospital de campaña.

La gratitud

¿De dónde nace esta forma de atención? Pues de la conciencia de gratitud. Otro rabo enroscándose en sí

mismo: atendemos cuando descubrimos el don y percibimos la vida como don cuando permanecemos atentos. Sí, la gratitud es origen, es cortesía a lo real. El canto gratuito es certeza de que alentar es un regalo, de que el mundo es don. Es una forma de inteligencia; la más alta.

Así es: en la tradición franciscana, la gratitud es una forma de conocimiento.¹⁵ Es el saber del corazón, el saber que no acumula, que acoge y desparra. ¡Qué falso sería todo si Francisco hubiera sido un teórico de la gratitud, si no la hubiera vivido y convertido en canto! Y qué ancho es el espacio de la escuela franciscana de gratitud: aquí nadie se doctora, nadie ocupa cátedras, aquí todos somos párvulos fascinados por la bondad, cuidadores sin cálculo de la belleza del mundo.

Este modo de estar no se impone. Es aceite derramado que te llega. Se transmite como se transmite la luz: por cercanía y por irradiación. Francisco no argumenta ni convence. Su vida es testimonio, su canto es eco. En él no hay tesis. Y esa presencia transforma, no porque tenga poder, sino porque huele a la verdad de lo que no busca imponerse, de lo que se ofrece sin condiciones, de lo que permanece abierto.

Habitar el mundo como lo propone el *Cántico* implica aceptar la fragilidad como condición, no como defecto. Es comprender que el límite no es obstáculo, sino umbral. Que la vulnerabilidad no nos separa, que es juntura. En la herida compartida se fragua la fraternidad. En la conciencia de finitud, se abre el espacio para el cuidado, para la ternura, para la responsabilidad. No hay camino sin límite, no hay comu-

nión sin riesgo. Somos como vencejos debajo de la lluvia.

La fragilidad como lugar teológico

La tradición franciscana —esto es puro cristianismo— ha comprendido la fragilidad como lugar teológico. En la psicología herida, en el cuerpo llagado, en la vida expuesta, se revela la verdad del ser. Francisco canta desde la enfermedad, desde la ceguera. Su caja de resonancia es la intemperie. Y en la intemperie no hay evasión. En las afueras se resiste, se configuran alternativas para una vida diversa. En el desierto hay tiendas y hay consuelo.

El tiempo, en este modo de estar sobre el barro, no se mide en horas ni en logros. Se habita. Cada momento, irrepetible y significativo, cada palabra pronunciada es ocasión de reconocimiento y relación. La vida no se disuelve en la prisa ni en la superficialidad, se despliega con ritmo propio, con cadencia que permite percibir la trama de la existencia y responder a ella con poeticidad. Habitado con atención generosa y consciente, el tiempo abre oportunidades de gozo y responsabilidad.

Hermanos y hermanas en la fragilidad

La fraternidad no es una idea abstracta ni un ideal moral; es práctica cotidiana, modo de presencia, disposición a reconocer y acoger al otro. Francisco nos muestra que cada ser humano, como cada criatura, merece atención, respeto y cuidado. La fraternidad del *Cántico* surge de la conciencia de que todos participamos de la misma red, de que ninguna vida es prescindible, de que cada gesto de apertura y atención fortalece la trama de la existencia. Vivir de este modo implica superar la indiferencia, la exclusión, la jerarquía, y cultivar la generosidad silenciosa que acoge y protege.

Este modo de estar no concluye ni se clausura. No es un gesto aislado ni una elección ocasional: es manera de vivir. Cada acción, cada palabra, cada silencio se inscribe en un patrón de relación con el mundo que se aprende, se practica y se transforma en hábito. La vida se convierte en *Cántico* en la medida en que cada instante puede ser vivido con sobriedad, atención y gratitud, con apertura y cuidado, con reconocimiento de la fragilidad y la dignidad de lo que nos rodea. Francisco nos enseña que el arte de habitar el mundo es inseparable del arte de cantar, con plenitud y coherencia.

EPÍLOGO: EL CÁNTICO COMO CAMINO

En este modo de estar no hay centro porque todo es periferia. Hay red, hay vínculos, hay cobijos. El pensamiento franciscano, desde sus orígenes, ha defendido esta visión relacional del cosmos. Desde la mística de Clara hasta la teología de Buenaventura, se ha afirmado que el mundo no se posee, se contempla; no se explota, se cuida; no se domina, se bendice. El *Cántico* no es una síntesis de esta tradición: es su origen y, bendita paradoja, su brújula y su meta.

«Tenemos que nacer dos veces para vivir un poco, aunque solo sea un poco. Necesitamos nacer a la carne y luego al alma», escribe Christian Bobin,¹⁶ y en esa doble gestación se cifra también el modo franciscano de estar en el mundo. El primer nacimiento nos lanza a la realidad, nos da cuerpo, peso, historia. El segundo, más lento, más secreto, otorga mirada y temblor. Francisco, que ha nacido por la carne en Asís y

por el alma en la herida, canta desde ese segundo nacimiento. Su *Cántico* no es la postal de quien ha llegado, es certificación de que la vida es camino con pies descalzos sobre el barro que nos sostiene.

En este canto de carne, cada criatura es hermana, cada instante umbral, cada gesto es semilla. Y nosotros, los que aún aprendemos a nacer, podemos dejarnos tocar por esa música que invita.

BREVE REFLEXIÓN FINAL

Al profundizar en el *Cántico de las criaturas*, la figura de san Francisco de Asís emerge con un atractivo renovado: «Era un místico y un peregrino que vivía con simplicidad y en una maravillosa armonía con Dios, con los otros, con la naturaleza y consigo mismo. En él se advierte hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior». ¹⁷ En san Francisco convergen los grandes retos de nuestro tiempo –la pobreza y el medioambiente– con una alegre apertura a la trascendencia y una cuidada interioridad. Probablemente, en ningún otro momento de la historia hayamos necesitado tanto este modo de constituirnos como personas y como creyentes.

No basta con realizar un análisis certero de la realidad ni con disponer del respaldo científico que advierte sobre los riesgos actuales. Tampoco es suficiente la implementación de políticas o la siempre ambigua implicación del mundo económico; a menudo, el deseo sincero de contribuir al cambio convive con el interés corporativo por mejorar la reputación o la imagen pública. Si en algún ámbito de la vida humana el trigo y la cizaña crecen juntos, es precisamente en este intento por «ecologizar» la economía y promover la sostenibilidad. Por ello, la complejidad

de la situación exige un discernimiento mayor y más profundo. Y el discernimiento no es un cálculo frío de pros y contras. Como recordaba Teilhard de Chardin, este es fruto de una «indiferencia apasionada». Nuestra mirada al mundo no nace del cálculo equidistante, sino de una interacción intensa y apasionada, movida por el reconocimiento de la iniciativa de Dios.

Los desafíos sociales y ambientales no se superarán con meros ajustes o cambios superficiales en nuestro estilo de vida; requieren una transformación social, económica y cultural de gran

calado. Como ya se ha mencionado, este escenario es inédito por la profundidad de sus impactos, su escala planetaria y su prolongado horizonte temporal. La encíclica *Laudato si'* lo define como la necesidad de un cambio de «paradigma» en las relaciones sociales. Desde el siglo XIX, el llamado «paradigma tecnocrático» ha impuesto una lógica donde la tecnología y la economía son fines en sí mismos, buscando un dominio ilimitado sobre la naturaleza y el ser humano. Esta lógica de subordinación y explotación, justificada bajo la promesa del desarrollo, se niega a aceptar límites físicos, dificultando la adaptación a un contexto que garantice la vida en lugar de ponerla en riesgo.

La respuesta a este modelo es la «ecología integral» propuesta por el papa Francisco.¹⁸ Según esta visión, el cuidado del medioambiente es inseparable de la justicia social, la economía, la cultura y la vida cotidiana. La fe nos revela que toda la realidad está interconectada: la existencia no se compone de objetos aislados, sino de vínculos de dependencia, colaboración y —en palabras de san Francisco— de hermandad universal. Esta es la gran aportación del cristianismo hoy: ver la realidad como un denso tapiz de interconexiones que nos invita al respeto, la admiración y el aprecio por todo lo existente.

Hablamos, por tanto, de una auténtica «conversión ecológica», que surge cuando el encuentro con Jesucristo impregna todas las dimensiones de la vida.¹⁹ Para el creyente, este encuentro

es la fuente de su compromiso por la justicia social y ecológica. Como insiste el Papa: «Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana».²⁰

Esta toma de conciencia eclesial se produce, paradójicamente, en un contexto cada vez menos favorable. Las instancias internacionales destinadas a dar respuesta a la crisis medioambiental se ven sometidas a presiones que limitan su eficacia. Además, en muchos países se impulsan contrarreformas que, bajo el argumento de recuperar la competitividad, desregulan las emisiones o reducen los proyectos de transición energética hacia fuentes renovables. Ante este panorama paralizante, el mensaje de san Francisco, profundizado por Víctor Herrero, aporta una novedad esencial: la necesidad de contagiarse de alegría e ilusión por la ecología integral. Este compromiso requiere una carga ética y mística importante, pero también necesita personas capaces de entonar un canto que sostenga el esfuerzo, tal como hizo el santo de Asís: «En este canto de carne, cada criatura es hermana, cada instante umbral, cada gesto es semilla. Y nosotros, los que aún aprendemos a nacer, podemos dejarnos tocar por esa música que invita».²¹

José Ignacio García
Director de Cristianisme i Justícia

- 1 Papa Francisco, encíclica *Laudato si'*, n.º 139.
- 2 Jaime TATAY, *Creer en la sostenibilidad. Las religiones ante el reto medioambiental*, Cristianismo i Justícia, Barcelona, 2019, Cuadernos n.º 212.
- 3 «Poverello» ('pobrecillo', en italiano) es el sobrenombre de San Francisco de Asís, y hace referencia a su vida radical de humildad, pobreza y amor por la naturaleza.
- 4 Recomiendo la lectura de Niklaus KUSTER, *Francisco de Asís. El más humano de todos los santos*, Herder, Barcelona, 2003.
- 5 Sobre el decir y el vivir, véase Basilio SÁNCHEZ, *El buen lugar*, Pre-textos, Valencia, 2025.
- 6 Véase Josep Maria ESQUIROL, *La escuela del alma. De la forma de educar a la forma de vivir*, Acantilado, Barcelona, 2024.
- 7 André WÉNIN, *D'Adam à Abraham ou les errances de l'humain. Lecture de Genèse 1, 1-12,4*, Cerf, coll. «Lire la Bible», n.º 148, París, 2007.
- 8 Puede leerse la aproximación de Éloi LECLERC, *El cántico de las criaturas*, Ediciones Franciscanas Arantzazu, Oñate, 1988.
- 9 «Otro poema de los dones» (*El Hacedor*, 1964), en Jorge Luis BORGES, *Poesía completa*, Destino, Barcelona, 2010, p. 252.
- 10 Véase, Martín CARBAJO NÚÑEZ, «Il 'Cantico delle creature' e la sostenibilità. Ascoltare il grido della terra», en *Collectanea Franciscana*, 95, 2025, pp. 5-23.
- 11 Emily DICKINSON, *Algunos poemas más*. Escogidos y traducidos por Carlos Pujol, La Veleta, Granada, 2003, p. 207.
- 12 Véase, José Ramón BUSTO SAIZ, *El sufrimiento. ¿Roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1998.
- 13 Véase. Fidel AIZPURÚA, *Retos del franciscanismo para el siglo XXI*, Escuela Superior de Estudios Franciscanos, Madrid, 2010, pp. 95-104 (epígrafe titulado «El persistente reto de la misericordia»).
- 14 Es muy lúcida la mirada sobre el tema que encontramos en Byung-Chul HAN, *La sociedad paliativa*, Herder, Barcelona, 2021.
- 15 Puede consultarse Orlando TODISCO, *Il dono dell'essere. Sentieri inesplorati del medioevo francescano*, Edizioni Messaggero, Padova, 2006.
- 16 Christian BOBIN, *La más que viva*, Libros Canto y cuento, Jerez, 2015, 15.
- 17 Papa Francisco, encíclica *Laudato si'*, n.º 10.
- 18 Papa Francisco, *Laudato si'*, «Capítulo IV: Una ecología integral», n.º 137-162.
- 19 Papa Francisco, *Laudato si'*, «Capítulo IV: Una ecología integral», n.º 137-162.
- 20 Papa Francisco, *Laudato si'*, n.º 217.
- 21 Página 26 del presente cuaderno.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. En un mundo que a menudo ve la naturaleza como un conjunto de recursos técnicos o un simple escenario estético, ¿cómo cambiaría tu manera de tratar lo que te rodea si, como propone el texto, pasaras de ver «objetos» a reconocer «hermanos» y «presencias»?
2. El cuaderno destaca que el *Cántico* fue escrito por un hombre enfermo, casi ciego y en la oscuridad. ¿Cómo puede la conciencia de tu propia fragilidad o «herida» convertirse, paradójicamente, en una fuente de apertura y agradecimiento hacia los demás y hacia la vida?
3. Si, tal como afirma el autor, «ningún hombre es una isla» y nuestra identidad se va forjando en la apertura a las presencias del mundo, ¿qué vínculos o relaciones (con personas, con la naturaleza o con el silencio) sientes que te definen más actualmente?
4. El cuaderno plantea que «la autosuficiencia no existe» y que ser criatura significa, fundamentalmente, «recibir». ¿En qué momentos de tu vida has experimentado esta verdad y qué te impide vivirla como un regalo?

Si lo deseas puedes enviarnos tus respuestas, reflexiones y opiniones al correo cuadernos@fespinal.com. Para nosotros, conocerlas es muy importante.

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Cuadernos CJ

Últimos títulos

- 238. *Del Sínodo al jubileo: construyendo comunidad en diálogo*. C. Inogés
- 239. *Dar razón de la esperanza en tiempos de incertidumbre*. F. J. Vitoria
- 240. *Hacia el poscapitalismo*. R. Díaz-Salazar
- 241. *Testimonios de un Dios que no extraña*. Cristianisme i Justícia
- 242. *El malestar bueno*. R. Zafra
- 243. *Fe y Justicia. Celebrando nuestras raíces*. P. Álvarez de los Mozos
- 244. *Desconectados. Por una vida improductiva*. J. Laguna
- 245. *Cántico de las Criaturas. Las palabras de un pobre que celebra*.
V. Herrero

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona

93 317 23 38 • info@fespinal.com

www.cristianismeijusticia.net

También puede descargarlos en:

www.cristianismeijusticia.net/es/cuadernos

Colabora con nosotros:

www.cristianismeijusticia.net/es/donativos



Mayo del 2026 • Tiraje: 35.000 ejemplares

